

# Sin título

Francesca Sanguinetti

Laura, Ashley y Matilda son un grupo que siempre se toman un ómnibus para ir al liceo. Cada una tiene personalidades diferentes. Laura, obsesionada con sus notas, buena persona, pero envidiosa y competitiva. Ashley, la típica chica de negro que solo le importa su guitarra eléctrica. Y por último, Matilda, la chica tranquila, buena onda y amable, muy muy amable.

Estaban tranquilas en el recreo, hasta que sonó el timbre:

-No dan nada de tiempo, en quince minutos apenas me como una mosca - dijo Ashley de mal humor.

-Bueno, tampoco te sientas como un rockero, un poco más y se te electrocuta el pelo - dijo Laura con tono burlón.

-Y tú Matilda, ¿no vas a decir nada? ¿Cómo es que siempre estás tan tranquila? - dijo Laura.

-Eso mismo, además, ¿cómo aguantas a los profesores, las personas y el hecho de levantarte todos los días a las 7 a.m? - preguntó Ashley.

-Bueno, no tengo nada para decir sobre tu opinión del recreo, Ashley, pero sí sobre lo otro que dijeron. Siempre trato de tomar todo con calma, pero no creo que el liceo sea así de malo como dicen - dijo Matilda.

-Sí, claro, vos siempre serena y ayudando a todos, qué fácil - dijo Ashley.

-Saben, todos los días me despierto, la alarma es la ocasión. Despierto sin ganas y sin uso de razón, me preparo y luego abren las puertas y el Santa Teresa me espera. Me decían que siempre me centrara en el estudio, que es lo más importante, materia tras materia, tarea tras tarea, todo sin color y sin razón. Bla, bla, bla. ¿Realmente es así, o es que no quieren sentir? Entro, marco el piso, mi huella queda, hago presencia, mi alma queda. Me puse a pensar, una nueva etapa comienza, ¿por qué empezarla con el pie izquierdo? Energías, personas y recuerdos se desbloquean. Estoy pronta para disfrutar. Personas llamadas profesores y estudiantes la empiezan a llenar de remeras manchadas y manos pintadas, las creencias y Jesús no pueden faltar. El Santa Teresa te enseña a soñar y el aprendizaje te va a ayudar. Así empieza nuestra nueva edad - dijo Matilda.

-Genial, ahora por creerte poeta nos avisaron que quedamos suspendidos tres días por no ir a la clase y hacer ruido. Ya de paso creete Susana Olaondo y escribí poemas para niños - dijo Ashley.

No les quedó más que irse las tres a sus casas.

A los tres días, reportaron un asesinato a las nueve de la noche, fuera del horario liceal. La víctima era Luisa, alumna del curso de noveno. Lo primero que investigaron fue la oficina del director, pero no encontraron nada. Tampoco en las cámaras. Luego les hicieron preguntas a los estudiantes del curso de Luisa, para saber si estos sabían algo, pero lo único que sabían era que Luisa había ido a tomar un café por la noche. El horario coincidía. Habían reportado haber visto por allí a dos personas con el mismo uniforme, lo cual era raro, porque se suponía que había ido sola.

La madre de Luisa les había dicho a los directores que eran unos *hijos de puta* por la educación que daban porque ahora su hija estaba muerta. Al cabo de un tiempo, tenían cinco sospechosos: Ashley, por su carácter, dos enemigos de Luisa y dos profesores. A la semana, se descubrió algo que nadie creería: la cara que captó la cámara de la cafetería era la de Matilda. La investigación resolvió que era cierto. Luego de una sesión de preguntas, Matilda declaró todo. El grupo de Luisa le hacía bullying a Matilda por redes sociales, así que tomó venganza. Nadie se lo esperaba, una niña dulce y amable reportada como asesina.

# Donde duele el *silencio*

Valentina Santalucci

Mi nombre es Laua y estoy cursando octavo año en el Colegio "Santa Teresa de Jesús". A mí me decían "la muda", pero hablaba. Poco, pero hablaba.

Lo que pasa es que en este mundo si vos no gritás o no hacés *TikToks* sos invisible, y si sos invisible, sos blanco fácil. Así es la cosa. Principalmente, para Sol: la influencer a todas luces conocida por su risa chillona y exagerada, junto a su grupo de satélites. Cuando la mirás, o querés ser parte de ellas o te convertís en un meme.

-¿Qué mirás, muda? ¿Querés una foto o te alcanzo el espejo? - le preguntó Sol.

Las otras cayeron en carcajadas, mientras que mi cabeza pensaba mil respuestas, aunque no me salió ninguna. Las cosas que me sucedían eran pequeñas: una lapicera que desaparecía, hojas de cuadernolas rotas, un post de Instagram en el que se reían de alguien con "cara de lunes permanente". Una y otra vez, como quien trata de quebrar una pared con una cucharita.

Pero el peor día no fue el primero, fue el segundo. Era miércoles, de esos días que ya empiezan con el pie izquierdo. Había traído una remera del colegio nueva, blanca como la nieve. Hasta que alguien (todavía no sé quién) le tiró tempera negra, bien en el medio. Lo peor, claramente, no fue la mancha, fue las miradas de todos en ese momento, mientras en mi mente pensaba: "Tragame tierra, masticame y escupime lo suficientemente lejos". Desaparecer no alcanzaba. Nadie dijo nada. Nadie.

Hasta que un día, alguien se me acercó.

-Vi lo que te hicieron el otro día, estuvo mal. Re mal. Me parece que lo tenemos que hablar con nuestra tutora - dijo Felipe como si no fuese extraño hablarme.

-Ya fue, pasado pisado - respondí.

Él siguió insistiendo para hablar con la tutora. Yo sonreía porque era la primera vez que alguien me hablaba sin reirse, y además, me miraba a los ojos. Así que fuimos juntos a hablar con la tutora. Yo no sabía cómo contarle, pero Felipe me ayudó. Después de ese momento, en el colegio se organizó una charla entre profesores, alumnos y psicólogos sobre las consecuencias del bullying, tales como ansiedad y depresión. También se habló de la empatía, de la tendencia a la violencia. Y algo cambió, no directamente, pero en partes. Felipe se siguió sentando conmigo y Emma se nos unió unos días después.

Un día, Sol tiró un chiste, pero alguien la detuvo.

-¡Pará! ¿No te cansas de gastar siempre a los mismos?

Volví a sonreír, era la primera vez que alguien me defendía así. Cada vez los cambios eran más notorios y todo esto gracias a la charla que había organizado el colegio.

Hoy ya no me dicen "la muda". Me dicen Laura y con eso me alcanza.

De todo esto aprendí que el "no me meto" también lastima. Que por más que solo una persona diga "¡Basta!" es más poderoso que mil risas mal intencionadas.

# Una sola *casa*

Agustina Visiendo

El grisáceo cielo la animó a abrir su paraguas.

Ella volvía a su casa a la hora de merendar, de la mano de su paraguas favorito. El de todos colores era el que más le fascinaba.

Quería llegar lento porque le atraía el paisaje fluvial brillante que observaba cuando volvía a casa.

Escuchaba el cielo llorar mientras la densa llovizna golpeaba su lindo paraguas de colores bruscamente.

Y de pronto el camino a casa, la subjetivamente “real”, la que comparamos, en la que vivimos y la que nos acaricia cuando entramos en ella, se volvió corto.

Porque en él recordamos como nuestra otra casa, con la que no guardamos secretos ni silencio, la que nos construye y nos deconstruye para hacernos crecer, nos hace vivir plenamente de una manera donde en ella están los más lindos y auténticos recuerdos que posee la pequeña niña en su gigante corazón.

Por eso también se volvió corto, porque ella y su paraguas tienen la conversación más tierna y sana, la cual empieza en un: “Hoy, en el cole...”, y termina con un: “¡Qué rápido llegué a casa y qué mojado está mi paraguas!”.

Solo ella y su paraguas saben el verdadero camino a su infancia, a su casa. Y si algún día, alguien se toma el tiempo de preguntarle porqué ama la lluvia, ella con sinceridad le va a responder que la necesidad, para de vez en cuando charlar y reencontrarse con su adorado y colorido paraguas, y contarle que para ella no existe una sola casa.

# Un colegio, *mil recuerdos*

Sofía Castro

El timbre suena fuerte y claro,  
comienza el día con tono raro.  
Los sueños llegan con cada clase,  
y el corazón poco a poco se hace.

Las remeras blancas,  
los libros abiertos,  
los pasos marcados en suelos cubiertos.  
El Santa Teresa no es solo un lugar,  
es donde aprendí a soñar y volar.

Tengo una caja de recuerdos guardados:  
risas, carreras, abrazos prestados.  
Charlas eternas sentada en el suelo,  
promesas firmadas mirando el cielo.

El colegio es tiempo en movimiento,  
es paz, historia y sentimiento.  
Cada rincón tiene algo que contar.  
Y yo tengo mil ganas de recordar.  
No solo aprendí a dividir y a sumar,  
sino también a escuchar, callar y perdonar.  
No solo leí sobre guerras y paz,  
sino que entendí lo que un alma da.

Santa Teresa me guía despacio,  
paso a paso.  
En este colegio no solo aprendí a creer,  
sino también a valorar y ser.

El liceo me trae paz,  
recuerdos, momentos.  
Y aunque algunos se vayan  
yo siempre voy a recordar  
esos momentos tan importantes  
que yo viví acá.

Esto es tan relevante  
que no quiero que se acabe en un instante.  
Quiero disfrutar cada momento  
hasta que me quede sin aliento.

Y aunque todavía me queden muchos años que recorrer,  
yo siempre aquí estaré y feliz trataré de ser.